

Crónica de un fracaso anunciado. Los intelectuales de la República y el socialismo soviético

Alina B. López Hernández

Profesora. Universidad de Matanzas.

Una identidad que no incluye el principio de tolerancia hacia sus propios críticos está condenada a ser inverosímil.

Ilán Semo

Una parte de la historiografía cubana que aborda el período republicano nos reserva muchos lugares comunes. Será tarea de los científicos sociales reducir estos enfoques, parcelarios unas veces, francamente limitados, e incluso excluyentes. Uno de los más usuales es la consideración de que los intelectuales cubanos —a diferencia de líderes destacados del movimiento obrero— no apreciaron la construcción del socialismo soviético en su verdadera dimensión, por dos razones esenciales: prejuicios clasistas o escasa información, desvirtuada además por la prensa capitalista. Como ha expresado Lionel Soto:

La revolución rusa introdujo un poderoso argumento en el debate ideológico. La idea de Marx encarnaba. Lenin se elevaba sobre el mundo como la voz auténtica de la humanidad nueva. Toda la reacción nativa; todos los politiqueros; todos los periódicos y revistas burgueses; todas las tribunas oficiales; todo lo que fuera riqueza y

poder del Estado denostaba a los bolcheviques. Los obreros, los humildes, los sin compromisos con los intereses creados, percibían, por contradicción, algo de aquella aversión de los ricos y privilegiados y de sus amos extranjeros por el régimen social recién implantado.¹

Una evaluación más justa la ofreció el dirigente obrero Antonio Penichet en su artículo «Opiniones sobre el bolcheviquismo» publicado el 14 de diciembre de 1919, cuando al referirse a la necesidad de conocer más sobre la experiencia bolchevique afirma que «entre los intelectuales de aquí, hay muchísimos que simpatizan con esta aspiración».²

Un importante sector de la prensa cubana —y, por consiguiente, de su intelectualidad— reflejó este proceso apegado a la imagen hipercrítica y clasista de las potencias occidentales sobre la Rusia soviética. Pero a gran parte de los intelectuales cubana no le fueron ajenas la verdadera esencia del proceso soviético y las etapas principales en que podemos dividirlo, de acuerdo con las estrategias que asumió respecto a la propiedad y al desarrollo socioeconómico y cultural —el leninista y el estalinista— así como las debilidades y éxitos de aquella experiencia pionera. Sorprende incluso la claridad

Premio *Temas* de Ensayo 2007, en la modalidad de Ciencias sociales.

y pertinencia de ciertos análisis en instantes de génesis, donde es más difícil prever el desenlace de un proyecto social.

Enfocaremos fundamentalmente al sector más joven de la intelectualidad cubana, aquel que nace en los años inmediatos —anteriores o posteriores— a la gestación de la República y que comienza su producción hacia la tercera década del siglo xx. Lo haremos, sobre todo, por el hecho de que es un grupo en proceso de fractura generacional con quienes habían detentado, sin una oposición más allá de su propio seno, lo que Joel James denominara con acierto «el monopolio político del mambisado» y sus principios rectores: caudillismo y dependencia.³

Era lógico que una generación que tomaba conciencia de sí y de sus diferencias y rupturas con la precedente fuera un tanto iconoclasta y, por tanto, más susceptible de atender, con mirada indagadora, a una experiencia que, como la soviética, también lo era en grado sumo.⁴ En Cuba se manifiesta, además, una peculiaridad, si la comparamos con nuestro continente.⁵ Si bien se manifestaron en la República tendencias conservadoras de pensamiento, no apreciamos las oposiciones que existían, por ejemplo, entre los «coroneles» del sertón brasileño y la burguesía de Río, o entre la intelectualidad de Lima y el interior, como ocurría en el Perú de Mariátegui.⁶ El caso de Venezuela fue recreado por Rómulo Gallegos en su *Doña Bárbara* con la contraposición entre Caracas y la gran llanura del Orinoco. Nuestra intelectualidad —aun la de ciudades alejadas de la capital— tuvo un carácter cosmopolita, recibía publicaciones e influencias de todo el mundo y de diversas tendencias. El hecho de que la mayoría de estos jóvenes hubiera cursado estudios en la Facultad de Derecho de la única universidad que por entonces tenía nuestro país, estableció entre ellos nexos basados en el respeto a la diversidad, aun cuando, en sus relaciones, la polémica fuera la condición de desarrollo individual y colectivo, asumida incluso —al decir de Jorge Mañach— como «un deber cívico». Era un grupo que sabía alimentar y sostener debates.⁷

Que la intelectualidad fuera el primer grupo social que estuvo en condiciones de evaluar el proceso de construcción del socialismo soviético se debe, además, a otro factor pocas veces atendido: el cronológico. Cuando se funda el Partido Comunista de Cuba, en agosto de 1925, han transcurrido casi ocho años de la toma del Palacio de Invierno y más de uno de la muerte de Lenin. Prácticamente está por concluir el período más complejo, convulso y experimental de la revolución socialista pero, al mismo tiempo, el más rico en polémicas y concepciones opuestas —del Comunismo de Guerra a la Nueva Política Económica (NEP). Alrededor de tres años más necesitará Stalin para

eliminar a Kámenev y Zinoviev del triunvirato político conformado durante la enfermedad de Lenin —a Trotsky ya lo había apartado y con Bujarin hará lo mismo después—, desmontar la NEP y entronizar, a través de la Internacional Comunista, una negativa influencia sobre los partidos afines que se fundaron —la mayoría durante esa década— en todo el mundo.

Este primer período socialista fue, por consiguiente, minimizado por el movimiento comunista cubano⁸ que comienza sus relaciones formales con los soviéticos precisamente cuando se está incubando el modelo de socialismo estalinista que sería definitivo a partir de 1929.⁹ Tocaría a los hombres de letras, en los inicios, ofrecer su apreciación sobre estos hechos. Esta razón también explica por qué limitaremos el marco cronológico del trabajo a la segunda mitad de la década de los años 30, cuando la estrategia de Stalin triunfa sobre la concepción de Lenin.

Los años 20 fueron un marco propicio para la formación de círculos intelectuales que se agrupaban según sus criterios y preferencias, y editaban revistas que promovían estas inquietudes. Tales publicaciones manifiestan enfoques muy diferentes respecto al tema soviético. La revista *Cuba Contemporánea*¹⁰ agrupó a intelectuales vinculados con la tendencia antinjerencista,¹¹ grandes ensayistas que representaron a la generación novocentista con un discurso donde primaban como valores la tradición, lo selecto, el saber constituido. Era lógico que su visión de la Revolución de Octubre fuera sumamente crítica, y enfocada, esencialmente, a los aspectos de la toma del poder y las cuestiones de clases. Por solo citar algunos de estos trabajos, podemos referirnos a «La dictadura del proletariado», de Mario Guiral Moreno, publicado en la revista en 1919.¹² La esencia de la obra es demostrar que el obrero se quiere convertir en dictador. Otros artículos de ese año son «Evolución del socialismo moscovita», de F. de P. Rodríguez y «El bolcheviquismo», de Juan C. Zamora; todos limitados en sus análisis de lo soviético por una visión exclusivamente capitalista de la sociedad. No les interesaba siquiera acercarse a las transformaciones de la sociedad rusa pues para ellos el pecado original —la abolición de la propiedad— invalidaba esta experiencia revolucionaria.

La juventud intelectual que emergía tendría una posición más abierta y desprejuiciada. Es curioso que una publicación como la *Revista de los Estudiantes de Derecho*,¹³ en su sección «Apuntes mundiales», dedicara un espacio a la Revolución de Octubre donde tempranamente —solo habían transcurrido dos meses— preveía la concentración de poder político en Rusia; pero no, como pudiera pensarse, con un carácter crítico, sino entendiéndolo como una consecuencia de las características históricas de ese país y, por tanto, como

una necesidad. Sin embargo, consideraban difícil que perdurara el «régimen de los bolshewiki» [sic].¹⁴

El minorismo fue el movimiento que nucleó, desde 1923, aunque de modo informal, a la intelectualidad que emergía y sus inquietudes, en esa etapa esencialmente de renovación cultural, artística y cívica.¹⁵ Existió hasta 1927, año en que firman un Manifiesto que puede ser considerado su «canto de cisne». Como grupo, no tenía una filiación ideológica definida; no obstante, aportaría a la política cubana, en plazos más o menos breves, representantes de todas las tendencias: comunistas, antimperialistas liberales, machadistas, reformistas, y también grandes escritores y artistas que no militaron en ninguna de estas tendencias. La revista *Social*¹⁶ se considera el órgano oficioso del minorismo pues su redactor literario, Emilio Roig de Leuchsenring, era uno de ellos. Precisamente en los locales de su redacción se firmó el Manifiesto del 27.

El país de los soviets fue tema recurrente en las páginas de *Social*. El interés de estos intelectuales —casi todos narradores o poetas— por la literatura rusa que comenzó a generarse luego del triunfo revolucionario, se aprecia en la publicación, sobre todo, de cuento y poesía. El período que reflejan es el de la guerra civil (1918-1922), y los temas versan sobre la muerte, destrucción, fanatismo, patriotismo, y la crueldad con que ambos bandos —blanco y rojo—, se enfrentaron.

Los autores de tales narraciones podían ser o no rusos, entre estos últimos se destacan M. Golodniev, Vsevolod Ivanov e Isaac Babel.¹⁷ Casi todos eran traducidos directamente del ruso para la revista *Social*, lo que demuestra la importancia que esta publicación concedía al proceso soviético.

Es interesante que narradores cubanos se inspiraran en lo que acontecía en Rusia. Podemos citar a F. G. de Cisneros¹⁸ y a Alberto Lamar Schweyer; este último, con un brevísimo cuento,¹⁹ demuestra su proverbial y ya apreciable desconfianza más que en la posibilidad del triunfo, en la capacidad de los sujetos revolucionarios para transformar su realidad, y su irreversible menosprecio por la mujer.

Lenin fue una figura recurrente en *Social*.²⁰ En abril de 1927 aparece publicado un poema del francés Henri Guillbeaux, dedicado a él. La revista destacaba que el autor era ciudadano soviético debido a su activa participación en la revolución, y desempeñaba un cargo en el Comisariado de Educación de Moscú.²¹ En ese mismo año, *Social* publica el poema «Rusia 1917-1927», de Charles Plisnier, traducido del francés por Pedro de Toledo.²²

Pero la importancia del elemento cultural no se redujo a la aparición de literatura rusa o sobre Rusia. La inicial política cultural del Estado soviético fue, de manera general, valorada positivamente por la joven

intelectualidad cubana. En enero de 1927 aparece en *Social* un artículo dedicado a la memoria del poeta Serguei Yessenin, quien fuera esposo de la bailarina Isadora Duncan. Su autor era nada menos que León Trotsky, quien reconoce y elogia la calidad de la obra del escritor, aun cuando este no resistió la época que le correspondió vivir y se suicidó en 1925.²³ La nota de la revista comentaba: «Mucho se sorprenderán los que solo conozcan a Trotsky como economista marxista y organizador del Ejército Rojo ante la revelación de este aspecto poético de su espíritu».²⁴

En septiembre de 1928 se conmemoró el centenario del nacimiento de León Tolstoi. *Social* se congratulaba ante el hecho de que Rusia hubiera celebrado tal acontecimiento:

A pesar de la gran diferencia entre las ideas del conde León Tolstoi y las de Carlos Marx, que hoy imperan en la Rusia soviética, el comisario de Instrucción Pública, Lounatcharsky [sic], y el profesor de Historia, Patrowski, tomarían parte en las fiestas y ceremonias conmemorativas del centenario [...] La principal novedad ha sido la reimpresión completa de las obras de Tolstoi, en cien volúmenes. El gobierno de los soviets ha destinado a este objeto un millón de rublos.²⁵

En ese número, junto a un dibujo de Tolstoi, aparece una anécdota de Gorki en la que este cuenta lo mucho que disfrutaba Lenin con la obra del escritor. Parece que esta faceta impresionó a José Antonio Fernández de Castro, quien expresó: «Lenin es a nuestros ojos tan espectáculo como Bolívar o como José Antonio Saco».²⁶ El autor destaca el hecho de que, a pesar de criticar su misticismo e inconsistencias, Lenin admirara la obra del genial escritor, lo reconociera como un crítico de la explotación capitalista y, olvidando sus diferencias ideológicas, relevara *La guerra y la paz*:

El contraste entre la visión leninista de la cultura y los intelectuales y la que se impondría a partir de 1934, con el estalinismo,²⁷ no le pasó por alto a esta generación. Sin embargo, sus aspiraciones de transformación social eran más amplias y, aun cuando la cultura fuera prioritaria para ellos, la entendían solo como una de las aristas del cambio necesario en nuestro país.

En 1920, la revista había dado cobertura y publicidad a la obra *Rusia: espejo saludable para uso de pobres y de ricos*, del español Rafael Calleja, en estos términos: «De todas las obras escritas sobre el bolcheviquismo tal vez sea una de las más completas, serenas e imparciales [...] A obreros y patronos, a pobres y a ricos, a todos [...] recomendamos la lectura de estas páginas en que aparece analizado y criticado el bolcheviquismo ruso».²⁸ A continuación, con un dibujo de Lenin y Trotsky como fondo, se extractaba un capítulo del libro, que manifestaba una postura burguesa y reformista respecto al movimiento obrero. El autor describe el contraste entre la extrema pobreza y el

derroche, sumando la poca atención del Estado a los sistemas de instrucción pública, salud y empleo y la indiferencia de las leyes. Criticaba la caridad y la limosna como medio de ayuda, pues las consideraba vergonzosas y recomendaba la redistribución de la riqueza para evitar estallidos sociales. Es obvio que se pretendía ofrecer una solución viable para evitar la revolución, pero también criticaba importantes elementos del sistema capitalista.

Sin embargo, la valoración de Calleja sobre el socialismo parece no haber sido suficiente para estos jóvenes que intentaron apreciar directamente la realidad soviética. En *Social*, durante varios meses del año 1922, fue publicada bajo el título «Recuerdos de viaje», una serie de reseñas escritas por Emilio Roig de Leuchsenring, quien había viajado a Europa como corresponsal. Describían un continente asolado por la Primera guerra mundial. En el número de agosto, la reseña «Con el soviét ruso, en Berlín» narra los intentos de Roig y sus compañeros de viaje —Laura Zayas Bazán, Max Henríquez Ureña y Carlos Loveira, a la sazón en la capital de Alemania—, por visitar Rusia. Las gestiones ante el consulado soviético fueron infructuosas, pero las valoraciones de este intelectual cubano, que llegaría a convertirse en una de las figuras más prominentes del antimperialismo en nuestro país, llegaron a los lectores de *Social*. Afirmaba considerarse un bolchevique, pero no de un bolchevismo como el ruso, pues era cubano y vivía en Cuba. Decía tener la creencia arraigada de que la organización de la humanidad —familia, matrimonio, Estado, sociedad, distribución del trabajo y de la riqueza— debía ser transformada totalmente sobre la base de la igualdad, que suprimiera todo tipo de privilegios y que cada cual llegara a ser lo que sus virtudes, inteligencia o trabajo le otorgaran. Por encima de todo, la justicia y la humanidad como patria. Él mismo se preguntaba:

¿Cómo creo que puedan lograrse esos ideales? Con la revolución; desde luego de las ideas [...] La revolución social ha de venir, necesariamente, y extenderse por todo el mundo; aquellos pueblos que cierran sus ojos a esa gran verdad, sufrirán sus consecuencias y pasarán por días de tragedia intensa, aquellos otros que sin olvidar el pasado, estudien serenamente el presente y sepan prepararse para el porvenir, llegarán a él sin violencias ni contratiempos, por un lento y suave proceso evolutivo.²⁹

Este «anticapitalismo romántico» era típico de los intelectuales alejados de los círculos obreros,³⁰ pero muchos de ellos, aun los que llegaron a ser marxistas, como José Carlos Mariátegui, comenzaron su camino con una adhesión romántica a la revolución como posibilidad. Mucho de utopía, en cuanto a las vías para realizar la justicia deseada, encontramos en estas ideas de Roig; pero hay dos aspectos que tener en cuenta en

su tesis: no copiar experiencias foráneas, y no olvidar la historia y las peculiaridades nacionales.

El hecho de que el minorismo no fuera una tendencia ideológica definida incidió en las diversas posturas que muchos de sus integrantes asumieron ante el recrudecimiento de la represión y las tendencias dictatoriales del gobierno machadista. Sin dudas, se fue produciendo una desarticulación de sus miembros, en la medida en que, individualmente, sus participantes, fueron determinando sus respectivas posiciones ideológicas.³¹ Así, a partir de 1927, Rubén Martínez Villena desplazó su actuación hacia los medios obreros y se desentendió de las actividades culturales. Otros, como Alejo Carpentier o José Antonio Fernández de Castro, emigraron tras sufrir una breve prisión. Roig permaneció como redactor literario de *Social*, desde cuyas páginas desarrolló un militante antimperialismo. Alberto Lamar Schwyer se convertía en el teórico de la dictadura, y Juan Marinello, Jorge Mañach, Francisco Ichaso y Félix Lizaso se enrolaban en el proyecto de una publicación cultural que representaría al vanguardismo en Cuba y que fue conocida con el nombre de *Revista de Avance*.³²

Sobre esta revista mucho se ha escrito, a favor y en contra. Un criterio desfavorable fue el de Raúl Roa quien, como parte de una juventud que se radicalizaba por momentos en el fragor de la lucha, no comprendía que: «Los artepuristas se arrimarían al árbol anualmente rotulado de la *Revista de Avance*, espejo y hojarasca de un vanguardismo anacrónico plagado de vaguedades, abstracciones, flatulencias y audacias domésticas...».³³

Una revisión exhaustiva de las «Directrices» de la revista nos puede sorprender. Desde ellas, se apoyó la independencia de Puerto Rico, y a Nicaragua, se reivindicó a un Martí antimperialista; desde sus páginas, Enrique José Varona, haría un llamamiento a la juventud cubana —que se considera su testamento político. La cultura cubana fue defendida en su carácter abierto al mundo y en su apoyo a la diversidad. Así, se criticaba, en octubre de 1927, el hecho de que el gobierno hubiera creado una Comisión revisadora de películas, una de cuyas primeras decisiones fue prohibir la exhibición del famoso filme soviético *El acorazado Potemkin*. *Revista de Avance* explicaba al público:

Fue suspendida porque, al decir de uno de los comisionados, «enardece los ánimos del público». ¿Qué quería el comisionado? ¿Que los adormeciese? ¿Debemos formar ciudadanos prestos para el viril y justo enardecimiento, u hombres laxos, indiferentes a todo clamor de equidad o de justicia?³⁴

El interés por la experiencia soviética se aprecia en la revista. En febrero de 1928, *Social* anunciaba el libro *Un viaje a la Rusia roja*, de Sergio Carbó, publicado por Ediciones 1928 —línea editorial de *Revista de Avance*,

Las dudas de la intelectualidad cubana respecto al socialismo soviético eran perfectamente comprensibles si atendemos al nivel de información que tenían —muy superior al que nuestra historiografía le concede— sobre el proceso de construcción de esta nueva sociedad.

que, como la propia publicación, cambiaba el nombre según el año de edición. Solo tres meses después, en la sección «Letras» de esta revista, dedicada a la crítica de libros que se publicaban o vendían en nuestro país, Juan Marinello hacía la reseña de la obra *Rusia a los doce años*, de Julio Álvarez del Vayo, editada en Madrid. Este autor, de filiación socialista, sería después ministro de la Guerra en el gobierno de la República durante la Guerra civil española.³⁵ Para Marinello, era «una figura destacada entre los escritores de izquierda». De su autoría se había publicado en Cuba *La nueva Rusia*, que enfocaba la etapa inicial del triunfo socialista. Marinello considera que esta nueva obra no superaba a la primera que era el mejor reportaje sobre la «gran experiencia soviética». Sin embargo, elogia el hecho de que el nuevo libro aporte «utilísima información para los pueblos hispánicos de América, tan hambrientos de soluciones radicales en sus trágicos conflictos y tan ayunos de certero conocimiento más allá de sus domésticas turbulencias».³⁶

Marinello valoraba en este comentario que el proceso de colectivización —lo llama anti-kulakista— que había llegado a Cuba a través de las «contradicciones y parcialidades» de las agencias cablegráficas, era el escollo fundamental del proceso soviético. «Del triunfo de esta larga batalla —en que las emboscadas son frecuentísimas e imperfectos hasta hoy los medios de ataque— depende el triunfo —la estabilización— de la construcción soviética».³⁷ El énfasis intenta establecer un importante hecho: en esta etapa, la URSS comenzaba a desmontar, aceleradamente, el modelo económico que, desde 1921, había defendido Lenin. Precisamente en ese año, durante una reunión que sostenía con especialistas en agronomía, Stalin había dicho: «mandemos al diablo a la NEP» y, como pocas veces, había sido fiel a su palabra. Dentro del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) esta decisión provocó fuertes enfrentamientos. Ellos son calibrados en toda su magnitud por Marinello:

El pequeño capitalismo [la NEP] se apresta a las más duras ofensivas. En las vacilaciones, en la diversidad de pareceres sobre la pequeña propiedad que dividen el sector opuesto [se refiere al Partido] situará sus más robustas baterías. Todo parece indicar que su despliegue máximo será inútil [...] El quinto Congreso, ahora reunido, dirá (Dios salve a Rusia para el mundo) de parte de quién está la fuerza. Y el porvenir.³⁸

Para entender el sentido de esta plegaria se impone una breve caracterización de las concepciones de Lenin y Stalin acerca de la economía socialista que eran, como se verá, radicalmente opuestas y, por lo que parece, muy bien conocidas en Cuba. La NEP, aprobada por el X Congreso del Partido, en 1921, vino a reemplazar la política de «comunismo de guerra» que había reglamentado, estrictamente, toda la vida económica del país lo que condujo al descontento y a fuertes enfrentamientos con campesinos, obreros y marinos. Consistía en permitir el libre comercio, mientras el Estado dominaba los resortes decisivos: la gran industria, la tierra, el transporte, los recursos naturales y el comercio exterior. Sin embargo, quedaba liberalizado el comercio interior, se aceptaba la creación de pequeñas empresas privadas y la colaboración con capitales extranjeros a través de formas mixtas de propiedad. Se aplicaba el sistema de autogestión empresarial para luchar contra el burocratismo y las tendencias autoritarias de la administración. Era valedero el interés personal en los resultados del trabajo.

Como forma de propiedad que conjugaba, al mismo tiempo, el interés individual y colectivo, se fomentó la creación de cooperativas. Sobre ellas Lenin había reflexionado desde antes del triunfo, pero no será hasta 1922 cuando sus criterios al respecto adquieran rango de concepción teórica. En ese año dictó su última obra sobre el tema económico, justamente acerca de las cooperativas; en ella, consideraba que el socialismo sería «un régimen de cooperativistas cultos» y puntualizaba la doctrina marxista acerca del desarrollo histórico natural del socialismo; o sea, defiende el criterio de que cuanto más lenta y regularmente se cree una nueva forma económica, tanto más sólida será, tanto más a fondo se construirá el socialismo.³⁹ Al admitir sociedades cooperativas en la agricultura y la industria, que eran, además, autogestionadas, ello haría imposible el uso de métodos netamente autoritarios de gestión. Se trataba de conjugar *centralismo y democracia* y, por consiguiente, de aprovechar más el *control democrático desde abajo* en el gobierno de la sociedad socialista. En este sentido, Lenin valoraba lo importante que era desarrollar la iniciativa del pueblo como opción consciente.

Este conjunto de medidas fue aprobado por el Partido, no sin recelos. Muchos comunistas las acogieron con tanto dolor como a la Paz de Brest-Litovsk. La

admisión de elementos capitalistas en la economía y el libre intercambio de mercancías eran considerados como el olvido de los ideales revolucionarios. Trotsky, Kámenev, Zinoviev, Preobazhenski, Sokolnikov, y otras destacadas figuras adoptaron una posición tajantemente negativa en cuanto a la NEP como perspectiva de largo plazo. Muchos de ellos abogaron por perfeccionar la política de «comunismo de guerra» y mantenerla. Aun siendo aprobada, algunos la entendían como «una maniobra táctica coyuntural», como «un alto en la construcción del socialismo». Grupos radicales dentro del Partido —los Luchadores por los Principios— abandonaron esta organización en señal de protesta. Sin embargo, el núcleo leninista —Bujarin, Ríkov, Tsiuriupa— logró mantener la aprobación de la NEP. En poco tiempo se apreciaron positivos resultados en la economía soviética.

La muerte de Lenin, el 21 de enero de 1924, dejó a Stalin dueño de la situación. Los debates, tan habituales dentro del Partido, comenzaron a deformarse en una lucha feroz de fracciones por controlar el poder y ello produjo una peligrosa escisión de la vieja guardia bolchevique. Zinoviev, que junto a Kámenev apoyó inicialmente a Stalin para relegar a Trotsky, se percató de sus intenciones de controlar férreamente al Partido y, en un giro de 180 grados, se alió con este último para conformar lo que la historiografía soviética denomina el bloque trotsquista-zinovievista, que funcionó como oposición interna, desde 1926, apenas un año pues, en 1927 Trotsky y Zinoviev fueron expulsados del Partido.

El «socialismo real», como sería bautizado después, conocido también como «modelo estalinista» fue el que sustituyó a la NEP. Este desmontaje se inició en 1928 con la expulsión de las compañías extranjeras, acusadas de sabotaje; ya para 1932 no quedaba ninguna. Se eliminaron también las cooperativas industriales, se impusieron cartillas de racionamiento; en fin, la NEP fue perdiendo su esencia. Sin embargo, era lógico que Stalin debiera, para mantener su prestigio, garantizar que la economía soviética evidenciara avances rápidos que justificaran la eliminación de la concepción leninista. Es así que surge la idea de la industrialización total del país en un plazo de solo cinco años.

Es indudable que tal idea era muy revolucionaria; sin embargo, esta industrialización a gran escala y en plazos increíblemente cortos, requería recrudescer el principio directivo, recurrir a una rígida centralización y administración operativas. Se llegó a identificar con el socialismo, sin tener en cuenta que la construcción de este último no puede reducirse al cumplimiento de una tarea prioritaria. Sin considerar este análisis, en diciembre de 1927, el XV Congreso del Partido aprobó las directrices del primer Plan quinquenal para los años

1928-1932. Al tiempo que esto ocurría, y sobre todo a partir de 1929, el proceso de colectivización de las tierras de los campesinos medios —kulaks— se consideró el otro frente de combate contra los «restos del capitalismo». La colectivización forzosa de la agricultura incluyó no solo las tierras, sino los aperos, el ganado mayor y menor e, incluso, las aves de corral; indudablemente se violentó el principio de voluntariedad que debió ser la piedra angular de tal proceso. Esta situación condujo al decaimiento del interés material individual, que se manifestó, sobre todo, en la zona cerealera de Rusia y Ucrania. Estas regiones llegaron muy debilitadas al año 1932 y cuando el invierno se presentó en toda su crudeza, por las aldeas se extendió una hambruna espantosa. Hoy se calcula que las cifras más conservadoras rondan los cuatro millones de campesinos muertos.

Era el fin para los pequeños propietarios soviéticos. Aun después de que el XX Congreso del PCUS presentara, en 1956, su famoso informe sobre «El culto a la personalidad de Stalin» —es ocioso aclarar que este había muerto en 1953—, fueron criticados estos excesos, pero nada se hizo para revertir la situación. La economía soviética continuó siendo verticalmente dirigida, extremadamente centralizada, ineficaz y burocrática. El modelo estalinista cavó la tumba del socialismo, solo se necesitaba tiempo para sepultarlo.

Reacción de los intelectuales cubanos ante estos cambios

La atención que le confería esta generación de intelectuales cubanos a la solución del caso soviético, en cuanto al brusco paso de un modelo flexible de economía —que incluía la pequeña propiedad— al estalinista, es lógica, si tenemos en cuenta el origen pequeño-burgués de la mayoría de ellos. La pequeña burguesía ha resultado preterida a través de la historia, a pesar de haber aportado la mayor parte de los dirigentes, teóricos y protagonistas tanto de las revoluciones burguesas como de las socialistas. Cuando estos sistemas han asumido características extremas, ha sido el sector olvidado. El neoliberalismo, un modelo extremo de concentración de la propiedad y la riqueza en los marcos del sistema capitalista, conduce a la proletarianización, empobrecimiento en masa de los propietarios de la pequeña empresa, sacrificada al gran capital internacional. Por su parte, cuando el modelo de socialismo «real», se impone, esta es intervenida a favor de una economía absolutamente estatal o social.

En ambos casos, el saldo —también lo demuestra la historia— ha resultado negativo para tales proyectos. En el primero, es obvio el rechazo al modelo neoliberal,

que ha sido abandonado en muchos países y sustituido por fórmulas donde el Estado recobra un lugar prominente, aunque no exclusivo, relanzando al mismo tiempo, especialmente en América Latina, a las fuerzas de izquierda. En el segundo, ya es tema de vieja data el derrumbe del campo socialista, encabezado por la URSS, y las transformaciones que países como China y Viet Nam han asumido, con una interacción de formas de propiedad en las que el sector estatal, la pequeña empresa e inversiones mixtas, diversifican el antiguo monopolio del Estado que, representando teóricamente a toda la sociedad, no satisfacía a la mayor parte de ella.

Cuando, en entrevista concedida al periodista argentino Miguel Bonasso —la primera después de su enfermedad—, Fidel Castro valora el socialismo que pretende desarrollar Hugo Chávez en Venezuela, afirma: «Chávez ha ido creando un modelo indestructible. No es portador de un socialismo extremo, sino realista». ⁴⁰ Parece evaluar la tesis chavista del socialismo del siglo XXI, que pretende:

Un sistema económico autogestionario que estimule la democratización económica y las formas organizativas alternas, como cooperativas y otros tipos de asociación, que complete el desafío de la dinámica productiva interna basada en la diversificación de la producción y que permita agregar valor a las mercancías, ahorrando divisas y generando fuentes de empleo. ⁴¹

Por otra parte, si bien es cierto que la pequeña burguesía puede resultar —y ha veces lo ha sido— un freno para la radicalización de los procesos revolucionarios, por la defensa de sus intereses de clase, es importante aplicar el criterio marxista del análisis histórico concreto, y evaluar con justeza el carácter de este grupo social en países semi coloniales y atrasados como lo era Cuba en la etapa abordada, donde la pequeña burguesía era doblemente afectada: por la gran burguesía nativa y por el imperialismo norteamericano; de ahí su carácter verdaderamente progresista. No es casual que en los dos momentos revolucionarios de la República burguesa hayan sido intelectuales que representaban a diversos sectores de la burguesía, los más activos defensores de la opción revolucionaria y, a la larga, los artífices de la vía armada, la más radical —Guiteras en los años 30, Fidel en los 50— en desafío abierto, en el caso de la lucha contra Batista, a la postura de los comunistas cubanos que, con criterio dogmático y foráneo, negaban la posibilidad insurreccional.

Sobre el rol de algunos sectores de la burguesía parece haber evolucionado, respecto a sus criterios iniciales, uno de los más grandes revolucionarios y comunistas cubanos, Julio Antonio Mella, que durante su exilio en México pudo apreciar la realidad política de ese país. Su último trabajo teórico lo dedicó a ese tema y se trata de un breve ensayo titulado «Sobre la

misión de las clases medias», en el que se apoya en la realidad mexicana para valorar y comprender este fenómeno social y para trazar las vías de la revolución socialista mexicana, teniendo en cuenta la importancia de los estratos pequeño-burgueses en las sociedades económicamente atrasadas y, especialmente, en ese país, donde existía un cuantioso núcleo de artesanos individuales o cooperadores, cuyas raíces se pierden en la historia de las culturas autóctonas. ⁴²

Era este un criterio transgresor, pues en esos momentos la Internacional Comunista sostenía su concepción de «clase contra clase» que solo superarían a partir del VI Congreso. Admitirán entonces a la pequeña burguesía y los intelectuales como «compañeros de lucha», con serias reservas, y solo de modo coyuntural, al considerarlos oportunistas. Esa sería la tesis de Mao Zedong conocida como «Camino de Yenán», que se puso de moda también en América Latina, ante el avance fascista en Europa, con la convocatoria a los Frentes Populares y que conduciría al Partido Comunista de Cuba a unirse con Unión Revolucionaria, primero, y luego a su polémica participación en la Coalición Socialista Democrática, con Batista como líder, que ganaría las elecciones de 1940.

Ha sido esta controversia sobre el rol de la pequeña burguesía en el proceso revolucionario uno de los factores que pudieran explicar la relativa separación con que actuaron sectores marxistas, provenientes de la intelectualidad y del movimiento estudiantil, los que, a pesar de su simpatía hacia el proletariado y su papel en la lucha, se mantuvieron fuera del Partido Comunista. Cuando Raúl Roa describe la rutina diaria con que un grupo de intelectuales revolucionarios, presos en Isla de Pinos, ocupa su tiempo en el convulso 1932, dice: «Por la noche, a las siete, funciona la Academia Materialista. Se comenta, en sesiones nutridas, el interesante libro de Nicolás Bujarin, *Materialismo histórico*, que Gabriel y Pablo, auxiliados por el poeta Juan ⁴³ y alguna que otra vez por mí, han vertido al español de la edición inglesa, bastante mala por cierto». ⁴⁴

Para esa fecha, los criterios de Bujarin en defensa del papel de la pequeña propiedad en la construcción del socialismo, que aparecen en este celebrado texto, eran una herejía en la Unión Soviética. No es exagerado considerar a estos jóvenes como otros transgresores respecto a la política oficial del Estado soviético y, por tanto, del Partido Comunista. Ocurre, sin embargo, que dentro de los propios sectores de esta intelectualidad revolucionaria hubo apreciaciones extremistas y sectarias respecto a la pequeña burguesía, que se hicieron evidentes en la postura que adoptarían, un tiempo después, ante el Gobierno de los Cien Días. Pocos tuvieron, como Raúl Roa, la honestidad y valentía políticas de retractarse. Cuando, en el año 1947, escribe «Trayectoria y balance

del ciclo revolucionario» admite que su artículo de 1933, «Mongonato, efebocracia, mangoneo», es

injusto en cuanto falsifica el carácter del gobierno de Grau San Martín, mide por un mismo rasero a los intereses y grupos que lo sustentan y a los que se le oponen, no discierne el carácter popular de sus medidas [...] pasa por alto la ingente labor revolucionaria de Antonio Guiteras y del núcleo decidido que lo sigue, y subestima el rol jacobino de la pequeña burguesía en los pueblos política y económicamente enfeudados a la dominación extranjera.⁴⁵

Esta capacidad de rectificar era posible en Roa, que había asumido un marxismo militante pero no dogmático. En carta a Jorge Mañach, en noviembre de 1931, expresa:

Nosotros pretendemos, no obstante nuestro marxismo, resolver el problema cubano con datos cubanos y no con datos rusos; y [...] nuestra forma de verlo y de acometerlo no es «inútil» ni «contraproducente», sino extraída de las propias necesidades cubanas, y, por ende, cierta y fecunda.⁴⁶

Coincidentemente, en la etapa en que la URSS pasaba de un modelo de desarrollo socialista flexible, dinámico y socialmente inclusivo, a uno rígido y centralizado, Cuba estaba a las puertas de una situación revolucionaria. La búsqueda de caminos y el conflicto siempre latente de los límites que debía tener este proceso o, sobre todo, si debía tener alguno, explica por qué, a pesar de este cambio de modelo en la URSS, la idea progresista de evolución social y justicia que era la esencia de la revolución socialista, no fue rechazada ante las aspiraciones de transformación de la sociedad cubana.

Francisco Ichaso, un intelectual que nunca militó en las izquierdas, discrepaba, en julio de 1930, desde las páginas de *Revista de Avance*, del santiaguero Rafael Esténger, quien en la conferencia titulada «Mussolini y la ideología fascista», «no deja de incidir en un lugar común del conservadurismo moderno que han acuñado oficialmente los gobiernos occidentales y que se conoce con el nombre periodístico-novelesco de “locura roja”». ⁴⁷ Esténger había realizado un serio análisis histórico y político sobre el fascismo, pero lo consideraba un mal necesario para librar a Italia de un posible gobierno comunista, pues era un pueblo «incorregiblemente antiguo». Ichaso no acepta este enfoque.⁴⁸

Dos meses después dejaba de publicarse esta revista. La participación de Juan Marinello en la manifestación del 30 de septiembre, y su encarcelamiento como resultado de ello, provocaron que el resto de los editores decidieran cesar la publicación. Inicialmente declararon que sería temporal; pero, igual que había ocurrido con el minorismo, este proyecto cultural se venía abajo por la diversidad de ideologías de sus miembros. De ellos, Marinello y Mañach representarían, después, las

antípodas: comunismo y reformismo.⁴⁹ De tal modo, el próximo vehículo editorial en que se involucró el autor de *Liberación* no tendría un carácter cultural. El título de la revista, *Política*, esclarecía el objetivo de sus editores, esta vez Marinello y José Miguel Irisarri.⁵⁰ Se publicó clandestinamente y sin disponer de los recursos necesarios.⁵¹ Comenzó a salir, irregularmente, en julio de 1931 y se mantuvo hasta inicios de 1932. En el primer número explicaban los objetivos de la revista y la razón de su título:

[N]uestro nombre lo dice casi todo. Política es el régimen del hombre, lo que toca a él como parte de un grupo, lo que informa su conducta y determina su acción. También es política, aunque a veces no lo parezca, lo que en planos alejados de la gestión directa, le dispone los caminos matrices. Jorge Plejanov ha demostrado cómo la teoría del conocimiento de Carlos Marx es la fuente de su concepción económica y el antecedente distante, pero obligado, de la transformación actual del mundo. Toda inquietud que clame por un nuevo hombre y una comunidad mejor será política entrañable y alma de estas páginas.⁵²

El elogio a la concepción socialista de Plejanov —mezcla de conciliación de clases basada en una redistribución de la riqueza social por parte del Estado— nos haría sospechar de inmediato de una identificación de los editores con el modelo de evolución social propugnado por la socialdemocracia de Europa Occidental; sin embargo, ellos mismos nos ahorran cualquier especulación al confirmarlo de manera explícita.⁵³ Al reseñar el libro *Política de la dictadura*, del español Dalmacio Iglesias, Irisarri afirma: «Por eso creemos que el socialismo demócrata —tan temido por el señor Iglesias— practicado por partidos políticos en el mundo no soviético, es lo único que hoy puede humanizar algo la explotación de la plutocracia, mientras adviene la Gran Transformación».⁵⁴

¿El manifiesto interés en las ideas socialistas occidentales habría apartado a estos intelectuales definitivamente de la experiencia soviética? ¿Cómo evaluó la intelectualidad cubana el paso de la URSS a una economía absolutamente socializada típica del estalinismo? El primer Plan quinquenal, aprobado en la URSS para el período 1928-1932, se venía cumpliendo aceleradamente, en solo cuatro años y tres meses se declararían la victoria de la nueva concepción económica. Pero antes de que ello ocurriera, ya la prensa cubana se hacía eco de los excesos que esta meta había desencadenado. La revista *Bohemia*, dirigida a un público muy amplio y, por ello, de gran circulación en Cuba, publicaba en el año 1931 una sección bajo el título «Sucesos de Sovietlandia»; en uno de sus números aparecían noticias y fotos de ingenieros soviéticos condenados bajo la acusación de sabotear el plan quinquenal. En caricaturas se satirizaba este voluntarismo económico.⁵⁵

Para hacer justicia al nuevo modelo era necesario entonces analizar los resultados que, en la marcha, iba teniendo. En este sentido, la revista *Política* publicó un trabajo de Arturo Labriola, tomado del órgano francés *La Antorcha*. Este artículo⁵⁶ valoraba la concepción de planificación económica soviética y sus limitaciones, ya evidentes. El autor reconocía que era posible lograr la planificación de una economía en un corto plazo y, por ello, asumía que la experiencia soviética no era absurda ni imposible. Precisamente en estos años, y motivados por la gran crisis económica de 1929 al 33, el modelo keynesiano había logrado introducir en las economías capitalistas desarrolladas algunos elementos de planificación y control estatal para paliar el desastre.

En su odio injustificado a la Unión Soviética los economistas oficiales olvidan el haber alegado como causa de la actual crisis de sobreproducción, la industrialización apresurada de los nuevos estados surgidos después de la guerra: Estonia, Finlandia, Checoslovaquia, Rumania y aun la misma Albania.⁵⁷

Sin embargo, Labriola cuestionaba algunos aspectos del Plan quinquenal. Veamos los más interesantes:

- Tenía serias reservas para admitir las estadísticas oficiales soviéticas. Ello es lógico, si tenemos en cuenta que el gobierno de Stalin había declarado, en 1928, a pocos meses de iniciado el Plan quinquenal, que la economía soviética había alcanzado los índices anteriores a la Primera guerra mundial; sin embargo, era evidente el contraste entre la falta de bienes de consumo comparada con el período pre bélico. Labriola reconoce que en el terreno de los «bienes instrumentales» —lo que los economistas denominan Sector I o medios de producción— sí era evidente este crecimiento.
- Rechazaba el voluntarismo político que emanaba de las ambiciosas directivas del Plan quinquenal. «Por la abstracción a la realidad, por la teoría a los hechos, tal parece ser la regla de la Ciencia Económica bolchevista [sic] [...] Desgraciadamente no se trata solo de la ciencia [...] sino que se trata también de que tal sistema es la regla de una poderosa organización política que ejerce el poder en el país más vasto y más poblado de Eurasia [...] aun cuando imponga sufrimientos enormes a todo un pueblo que nadie se toma la pena de consultar».⁵⁸
- Criticaba la asimetría entre los sectores de la economía que potenciaba el Plan quinquenal. Este será el talón de Aquiles económico del modelo socialista que después de la Segunda guerra mundial se expande por Europa oriental. Al respecto, en el artículo se valora muy acertadamente que, aun cuando el Plan quinquenal se proponía un incremento de la producción equivalente a 164%, la mayor parte del aumento industrial concernía a los medios de

producción —máquinas, instalaciones—, no propiamente de consumo y, en consecuencia, dejaba rezagada a la industria ligera.

- La economía del Plan quinquenal no le parecía destinada a fomentar el bienestar del pueblo. Entiende que los objetivos económicos deben buscar el aumento de la potencia (capacidad) adquisitiva del individuo, en tanto que la regla soviética es de ahorro obligatorio y disminución del consumo. El plan parece tributar a una economía instrumental que servirá a los propósitos de expansión del Estado y no al bienestar del pueblo.

Más allá del apego a la imagen consumista —típica de la economía occidental— que trasciende del artículo, es asombroso que este análisis tan prematuro, haya sido, al mismo tiempo, tan certero. Parece un estudio de los muchos que se hicieron entre nosotros tras el derrumbe del campo socialista, cuando tan oportunos hubieran sido antes de que ello ocurriera. Es menester reconocer, sin embargo, que una buena parte de lo que se escribía sobre la Unión Soviética en esta etapa, eran consideraciones especulativas. La política del gobierno de Stalin era muy cautelosa respecto a los observadores foráneos que, *in situ*, observaran el proceso de construcción de la nueva sociedad. Tampoco era común la visita de intelectuales soviéticos —salvo en funciones oficiales— a otros países. Quizás por ello fue un hito en la época el libro de César Vallejo *Rusia en 1931*.⁵⁹ Lo que no logró Emilio Roig de Leuchsenring en 1922, se hizo realidad para el poeta peruano, en el inicio de la década de los 30. La obra fue el resultado de una visita a Rusia, autorizada por el gobierno de este país, donde Vallejo recorrió —acompañado siempre por un miembro del KGB— fábricas, koljoses, aldeas y ciudades. Además de ser una crónica que describe la vida diaria de un extranjero en la URSS, era una indagación, en la medida en que ella fue posible, de las expectativas del ciudadano soviético común ante las grandes esperanzas del Plan quinquenal. Es justo señalar que, en esta etapa, la sociedad soviética, con amplio consenso, lo apoyaba y esperaba casi un milagro de este. En conversación con obreros de una fábrica moscovita, estos le cuentan a Vallejo cómo, tras el cumplimiento del segundo Plan quinquenal, el nivel de vida del obrero soviético sería muy superior al del norteamericano. Ante las preguntas del peruano, relativas a los pocos automóviles que se movían por Moscú, asignados en todos los casos al Partido y los órganos estatales, casi se burlan de su ignorancia al no saber que, en apenas siete años, todos los obreros dispondrían de automóviles si lo deseaban.

No debe pensarse que esta obra constituía una abierta oposición al gobierno soviético, fue evidente que el autor quedó cautivado por la confianza de los

héroes anónimos que se sacrificaban en pos de un ideal. El balance de la obra es positivo para la URSS. Tampoco fue, sin embargo, una apología. En algunos aspectos, Vallejo critica medidas y actitudes que despertaron su atención. La espada de Damocles que pesaba sobre el texto era, no obstante, implacable. Los plazos que el gobierno había propuesto para lograr el bienestar material y espiritual del pueblo se vencerían en muy poco tiempo sin demostrar la eficacia de las metas. A pesar de ello, la Constitución soviética de 1936 aseguraba que el socialismo se había afianzado en todas las ramas de la economía nacional y que la correlación de clases había cambiado. Este sería el primer paso de los sucesivos gobiernos soviéticos para proclamar lo que nunca habían alcanzado realmente.

El libro despertó gran interés entre la juventud intelectual cubana, de ello dan fe los siguientes hechos: Pablo de la Torriente Brau lo menciona entre los textos que no podían faltar en la habitación de Raúl Roa: «Vivía en un cuarto, con una cama, una mesa, una maquinita de escribir prestada siempre por alguien [...] Había allí dos estantes con numerosos libros: *El control obrero*, *La teodisea*, *Batey*, *Rusia en 1931*, todo Freíd».⁶⁰ Otra evidencia es la reseña que le hace Marinello, en el número de enero de 1932 —nótese la inmediatez con que llegó a nuestro mercado editorial— de la revista *Política*. Ya explicamos que esta era una publicación clandestina, lo que confería gran valor a cada línea que escribían los editores, nada que no fuera trascendente, a su juicio, merecía un espacio. Sobre *Rusia en 1931* consideró su utilidad pues:

[E]s la obra de un hombre de fe, que sabe observar. ¿Imparcialidad? ¿Es ella posible frente al fenómeno ruso? ¿Quién permanece en quietud de ánimo ante un pueblo que se construye con materiales inéditos y que marcha hacia el mundo con paso encendido? Quien quede frío ante el espectáculo grandioso ¿merece ser escuchado? Hay, sí, la posibilidad —y la obligación— de hacer lo que hace César Vallejo: demostrar una vacilación, un fracaso parcial, una medida inoportuna e insuficiente, un error de gobierno estalinista. Pero quedando a flote la fe revolucionaria.⁶¹

Un mes después de escribir esto, Marinello fue detenido. En la prisión, y durante varios meses, le haría compañía a Irisarri, Pablo, Gabriel, al «loco Roa». Allí se acercó al Ala Izquierda Estudiantil y se alejó del Directorio Estudiantil Universitario, allí traducirían a Bujarin y leerían *El Capital*, allí debatirían hasta la madrugada, según sus testimonios,⁶² el camino que debía recorrer la revolución para Cuba. Un camino progresista para Cuba no pasaba, para Marinello —en aquella etapa al menos— y para la mayor parte de la juventud revolucionaria, por la tangente soviética. La Revolución socialista de Octubre había sido una, pero dos fueron las estrategias que, desde mediados de los años 20 hasta inicios de los 30 —etapa crucial para el

movimiento revolucionario cubano—, habían definido el perfil socialista de ese país, y si el período leninista había sido valorado positivamente, no ocurrió lo mismo respecto al estalinista.

Las dudas de la intelectualidad cubana respecto al socialismo soviético eran perfectamente comprensibles si atendemos al nivel de información que tenían —muy superior al que nuestra historiografía le concede— sobre el proceso de construcción de esta nueva sociedad. Y si aceptamos la definición de duda de Aristóteles como «el resultado de la equivalencia entre dos razonamientos contrarios»; entonces entenderemos las de los intelectuales revolucionarios: haber comprendido que el capitalismo bajo la dominación imperialista, había resultado nefasto para Cuba y, al mismo tiempo, apreciar que el modelo de socialismo estalinista no debía ser la solución para nuestros graves problemas. Concedámosle el reconocimiento de una agudeza política que hubieran deseado para sí generaciones posteriores,⁶³ y pensemos como Ricardo Jorge Machado:

Hay que ahondar más, ahondar para después difundir, hasta que todos los miembros —a ello debemos aspirar— de la nueva generación, así como muchos de los de las generaciones actuantes, sean alcanzados de manera más profunda por la herencia histórico-revolucionaria que ellos nos legaron, y gracias a esto, cobremos todos una conciencia más lúcida sobre los criterios que se deben seguir en la elaboración de una sociedad nueva en las condiciones de Cuba. Solo apropiándonos de nuestra tradición revolucionaria, garantizaremos que el cuerpo principal de nuestro pueblo esté advertido de las fuerzas que han modelado y modelan su destino. Lograrlo sería un medio que, además de una beneficiosa consecuencia política —especialmente en lo que se refiere a la educación de la juventud—, facilitaría la comunicación intergeneracional.⁶⁴

Notas

1. Lionel Soto, *La revolución del 33*, t. 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, p. 100.

2. Citado en Lionel Soto, *ob. cit.*, p. 101.

3. «Al desembridarse de la guía de los viejos caudillos, rechazar la instrumentación por la cual esta se realizaba y romper con la ascendencia mágica de unos y otros sobre la política cubana, los hombres del 25 están cometiendo el acto de toma de conciencia, reafirmación propia y definición de posibilidades y deberes más importantes en toda nuestra historia republicana». Joel James Figarola, *Cuba 1900-1928. La República dividida contra sí misma*, Arte y Literatura, La Habana, 1976, p. 265.

4. Es cierto que esta ruptura fue más evidente primero en el terreno artístico y literario que en el político, sin embargo en este último se suscitaron álgidas polémicas acerca del proyecto social cubano y de los límites que para este se asumían, en magnitud variable: reforma o revolución.

5. S/A, «Una carta que da en el blanco», *Política*, a. II, n. 2, La Habana, 1932, p. 6.
6. Alberto Flores Galindo, *La agonía de Mariátegui*, Instituto de Apoyo Agrario, Lima, 1989.
7. Alina López Hernández, «¿La toga o la lira? Los juristas y la conformación del escenario político-cultural republicano», [inédito].
8. Aun cuando existían las Asociaciones Comunistas de La Habana, San Antonio de los Baños y Manzanillo, estas tenían un carácter local, escasa membresía y pocas posibilidades de influir en la opinión pública cubana.
9. Estas «relaciones» serán bastante intermitentes en los primeros años. Véase Angelina Rojas, *El primer partido comunista de Cuba*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2003. A esto habría que agregar que el interés de la Tercera Internacional por América fue muy escaso en el período, pues los funcionarios de esta organización centraban su interés en los países atrasados de Asia. Esta situación se modificó luego del VI Congreso (Moscú, julio-septiembre de 1928) cuando se previó la inminencia de una situación revolucionaria como consecuencia de la crisis que debía enfrentar el capitalismo. Así fue que se organizó la primera Conferencia Comunista Latinoamericana, luego se crearían el Buró Suramericano de la IC y el Buró del Caribe, al cual se adscribió el PCC.
10. Fue fundada en diciembre de 1912, y su primer número salió el 1 de enero de 1913. Sus fundadores fueron Julio Villoldo, Carlos de Velazco, Ricardo Sarabasa, Mario Guiral Moreno, José Sixto de Sola y Max Henríquez Ureña. Hasta 1920 la dirigió Carlos de Velazco y, a partir de esta fecha, Mario Guiral Moreno. En 1927 dejó de publicarse. Según una valoración de *Social*, en diciembre de 1922, era una revista «doctrinal, seria, alejada de la política e identificada con ideales patrióticos y culturales».
11. Mely del R. González Aróstegui, *La cultura de la resistencia en el pensamiento político de la intelectualidad cubana en las dos primeras décadas del siglo XX en Cuba*, Tesis de doctorado, Departamento de Filosofía, Universidad Central de Las Villas, 2000.
12. Casi todas estas revistas tenían su propia línea editorial, así aprovechaban el trabajo de sus linotipistas y ello era muy rentable pues abarataba los costos de publicación.
13. Publicación mensual, órgano oficial de la Asociación de Estudiantes de Derecho. Abogaba por el apoliticismo de la masa estudiantil. Con su lectura es posible caracterizar la enseñanza del Derecho en esta etapa, los planes de estudio, la forma en que se organizaba el período de exámenes, las insuficiencias bibliográficas, las asignaturas y profesores que rechazaban y los más queridos. Parecen haber influido mucho en esta publicación los profesores Enrique J. Varona y Sergio Cuevas Zequeira.
14. Véase, s/a, «Apuntes mudiales», *Revista de los Estudiantes de Derecho*, La Habana, enero de 1918, pp. 20-1.
15. Ana Cairo, *El Grupo Minorista y su tiempo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
16. Fundada en el año 1916 por el reconocido caricaturista Conrado W. Massaguer.
17. M. Golodniev, «Vaska de la calle Alexandroskaya», octubre de 1928, p. 26; Vsevolod Ivanov, «El niño», marzo de 1927, p. 34; Isaac Babel, «La muerte de Dolgučov», junio de 1928, p. 30.
18. F. G. de Cisneros, «A la manera bolshevik» [sic], *Social*, diciembre de 1924, p. 30.
19. Alberto Lamar Schweyer, «La novia de Iván», *Social*, diciembre de 1924, p. 38.
20. En el mes siguiente a su muerte, la revista dedica espacios a la vida y obra del revolucionario ruso. La portada de ese número es con motivos folklóricos rusos y se explica: «La invasión rusa también causó estragos en *Social*», *Social*, La Habana, febrero de 1924, p. 5.
21. Henri Guillbeaux, «Lenin», *Social*, La Habana, abril de 1924, p. 53.
22. Charles Plisnier, «Rusia 1917-1927», *Social*, La Habana, diciembre de 1927, p. 32.
23. León Trotsky, «Serguei Yessenin», *Social*, La Habana, enero de 1927, p. 25.
24. Ídem.
25. *Social*, La Habana, octubre de 1928, p. 3.
26. José A. Fernández de Castro, «Lenin sobre Tolstoi», *Social*, La Habana, enero de 1929, p. 38.
27. En este año se celebró el I Congreso de Escritores Soviéticos, que impuso límites a la creación artística e intelectual. Destacadas figuras como Mijaíl Bulgakov, Serguei Eisenstein, Yuri Olesha, entre otros, fueron condenados al ostracismo. Se creó una Comisión de Arte y Literatura presidida por Stalin y un premio con su nombre.
28. Rafael Calleja, «Rusia; espejo saludable para uso de pobres y de ricos», *Social*, La Habana, noviembre de 1920, pp. 42, 79-83.
29. Emilio Roig de Leuchsenring, «Con el soviét ruso, en Berlín», *Social*, La Habana, agosto de 1922, p. 29.
30. En Cuba estas ideas tuvieron un precursor en Diego Vicente Tejera, poeta y escritor independentista. En este caso no fue un hombre alejado de los círculos obreros pero su ideario era una mezcla de socialismo utópico y conciliación de clases, explicable, sin embargo, por las peculiaridades del proceso independentista cubano que requería la unidad de todas las clases y sectores sociales.
31. Con bastante irregularidad continuaron reuniéndose los minoristas que permanecieron en Cuba tras la represión, hasta el punto que Emilio Roig de Leuchsenring, en un artículo publicado en *Social* en junio de 1928, titulado «Artistas y hombres o titiriteros y malabaristas», declaró extinguido al Grupo Minorista.
32. Inicialmente también estuvo incluido Carpentier, pero al emigrar fue sustituido por Martín Casanovas y este, a su vez, por José Zacarías Tallet, quien renunció en breve.
33. Raúl Roa, *Escaramuza en las vísperas*, Editora Universitaria, Las Villas, 1966, p. 369. Estudios actuales, como los de Yolanda Wood y otros profesores de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana, han matizado esta valoración al considerar esa revista como la principal evidencia del vanguardismo en Cuba y, respecto a su declarado apoliticismo, este fue más formal que real, quizás por la tozudez con que defendían un arte al margen de la política.
34. *Revista de Avance*, «Directrices», a. I, n. 13, La Habana, 15 de octubre de 1927, p. 4.
35. Fue él quien nombró oficialmente a Pablo de la Torriente Brau como Comisario político.
36. Juan Marinello, «Los libros», *Revista de Avance*, a. III, n. 34, La Habana, mayo de 1929, pp. 152-3.
37. Ídem. (El énfasis es mío. ABLH).
38. Ídem.

Alina B. López Hernández

39. Vladimir I. Lenin, *Obras completas*, t. XXXV, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1971.

40. *Granma*, La Habana, 15 de septiembre de 2006, p. 3.

41. Heinz Dieterich, *Hugo Chávez: un nuevo proyecto latinoamericano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001, p. 88.

42. Publicado en los números 139, 144 y 145 de *El Machete*, órgano del Partido Comunista Mexicano, correspondientes a los días 17 de noviembre y 22 y 29 de diciembre de 1928, a un mes de su muerte. El ensayo no fue firmado con el pseudónimo conocido de Cuauhtémoc Zapata, sino con su verdadero nombre. Véase Lionel Soto, ob. cit., p. 513.

43. Se refiere a Gabriel Barceló, Pablo de la Torriente Brau y Juan Marinello.

44. Raúl Roa, *Bufo subversiva*, Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2006, p. 160.

45. *Ibidem*, p. 358.

46. *Ibidem*, p. 200.

47. Francisco Ichaso, «Directrices», *Revista de Avance*, a. IV, n. 48, La Habana, julio de 1930, p. 219.

48. *Ibidem*, p. 220.

49. *Órbita de la Revista de Avance* (selección y prólogo de Martín Casanovas), Colección Órbita, Ediciones Unión, La Habana, 1965.

50. José Miguel Irisarri (Las Villas, 1895-La Habana, 1968). Abogado de profesión. Solo participa en el primer número de *Política* pues fue encarcelado en ese período. A pesar de ello, Marinello mantiene su nombre como uno de los editores. Fue uno de los miembros del efímero gobierno de la Pentarquía donde ocupó la Secretaría de Obras Públicas y la de Agricultura. Posteriormente se mantuvo en el Gobierno provisional de Ramón Grau San Martín, en posiciones cercanas a Antonio Guiterras. Al ser depuesto este gobierno, integró la organización Joven Cuba. Se le atribuye haber participado en la redacción del Manifiesto-Programa de esta organización.

51. La calidad del papel, que era inadecuado para este fin, explica los pocos números que se conservan —solo dos, en el Instituto de Historia de Cuba— por lo que puede considerarse una rareza bibliográfica. Gracias al trabajo de restauración realizado por especialistas de esta institución, se pueden consultar en su Hemeroteca los números correspondientes a julio de 1931 y enero de 1932.

52. *Política*, a. 1, n. 1, La Habana, julio de 1931, p. 1.

53. La concepción de una evolución pacífica del capitalismo hacia una sociedad igualitaria —ideal de la Segunda Internacional— a partir de la acumulación de sus propias contradicciones como sistema, por una parte, y de la educación de las grandes masas explotadas, por otra, será consustancial a las ideas de Marinello en estos años.

54. José M. Irisarri, «Los libros», *Política*, ed. cit., p. 10.

55. Debemos reconocer que aún cuando se publicaban caricaturas críticas al socialismo soviético, casi todas tomadas de revistas norteamericanas como *Lifé*; también aparecían algunas soviéticas, tomadas de *Izvestia*, que satirizaban al imperialismo.

56. Arturo Labriola, «El Plan quinquenal», (*La Antorcha*, París), *Política*, ed. cit., La Habana, julio de 1931, pp. 9-12.

57. *Ibidem*, p. 9.

58. *Ídem*.

59. César Vallejo, *Rusia en 1931: reflexiones al pie del Kremlin*, Ediciones Ulises, Madrid, 1931.

60. Pablo de la Torriente Brau, «Trago inicial», Prólogo a *Bufo subversiva*, ed. cit, p. 11.

61. Juan Marinello, «Los libros», *Política*, a. 2, n. 2, La Habana, enero de 1932, p. 11.

62. Ana Suárez Díaz, *Cada tiempo trae una faena. Selección de correspondencia de Juan Marinello Vidaurreta 1923-1940*, Editorial José Martí, La Habana, 2004; Raúl Roa, *Bufo subversiva*, ob. cit.

63. En la medida en que el fortalecimiento del fascismo y el comienzo de la Segunda guerra mundial, en lo externo, y el fracaso —definitivo ya en 1935— de la Revolución del 33, en lo interno, polaricen a la intelectualidad revolucionaria, sus apreciaciones sobre la URSS se teñirán de cierto esquematismo evidente entre los que ingresan al Partido Comunista —como es el caso del propio Marinello— que se convierten en sus apologistas, y los que permanecen fuera de él con una visión opuesta, y a veces también muy esquemática, sobre ese país.

64. Ricardo Jorge Machado, «¿Por qué Pablo?», en *Evocación de Pablo de la Torriente Brau*, Letras Cubanas, La Habana, 1997, pp. 177-8.

© TEMAS, 2008